

Un escritor para cada animal

La mascota ha ocupado un lugar fundamental en el espacio creativo y en el corazón de muchos artistas. Feos o guapos, eran sus compañeros del alma

Las hay de lo más tradicional. Un perro, por ejemplo, es todo un clásico en el mundo de las mascotas. Lo no tan clásico es el 'formato', ya se sabe que en esto también existen las modas; y además hay hasta quien termina adoptando un can que no se ajusta a ningún modelo exacto y, pese a su fealdad y su falta de reflejos, pese a todos sus peros, le coge cariño y lo convierte en protagonista de sus cartas más íntimas, como fue el caso del poeta Jules Laforgue.

Otra mascota de las de toda la vida es el gato. Aquí también existen muchos mundos en uno que parece único: está el gato callejero, el de raza superior, el que no se acerca más que a comer, el que no se despegaba de su dueño y que ha dado pie a la teoría del gato-perro... La escritora madrileña Marta Sanz, autora de 'Susana y los viejos', ha convivido con ejemplares de todo tipo y color, y por eso puede escribir un largo relato sobre algunos de ellos en el libro 'Perros, gatos y lémures. Los escritores y sus animales', editado recientemente por Errata Naturae.

Los editores dijeron «mascota» y cada escritor invitado entendió una cosa. Unos se decidieron por sus propias experiencias, como Sanz y Soledad Puértolas, o Ignacio Martínez de Pisón y Andrés Trapiello, por citar algunos. Otros optaron por narrar las relaciones, siempre personales e intransferibles, que algunos famosos literatos establecieron con sus animales. Y así es como el lector puede

NOVEDAD

ELENA SIERRA



enterarse de cómo era aquel bicho que le endosaron a Laforgue (lo cuenta Carlos Pardo): feo como un dolor, de patas tan cortas que pareciera que no tuviera, siempre cansado y resoplado, poco dado al paseo y muy dado al descanso sobre la cama... Se llamaba Ariel y estuvo con el poeta cinco años. Parecía que iba a durar muy poco, y el veterinario dijo que tenía demasiados años, y sin embargo Laforgue lo menciona en todas sus cartas prácticamente hasta el final de su propia vida. Él y su esposa murieron, muy jóvenes y muy pobres, de tuberculosis al poco de llegar a París.

El que también era feo, muy feo, era el perrito entre yorkshire terrier y pequinés de la familia Martínez de Pisón. Los dientes montados, la mirada asimétrica, el ceño fruncido, el pelo hirsuto y carente de brillo, el cuerpo en-

canijado, escribe el zaragozano. Y escribe mucho más, nada bueno. Como que el pequeño tenía la mala costumbre de hacer sus cositas en lugares, cómo decirlo, incómodos. En el cierre de la persiana de un comercio, por ejemplo. Mal, muy mal, Mateo. Menos mal que consiguió hacerse con el cariño de la familia gracias a sus dotes como cantante. Mateo oía una ar-

Cyril Connolly paseaba por París con un hurón, Paul Bowles convivía con titis y Mintz el mono de los Wolf distrajo a la policía alemana

mónica y ladraba y aullaba siguiendo su ritmo. Parecía un perro único hasta que salió otro perro cantante en un programa... Y volvió a perder su gracia y a hacer más visibles sus defectos.

Hay quien no se conforma con mascotas del montón. Y lejos de adoptar una tortuga, un canario, unos pececillos de colores, se decanta por un hurón. Eso era La Rosa de Inglaterra, el animalillo con el que el escritor y crítico literario británico Cyril Connolly hizo turismo por París. Cuenta José Carlos Llop (poeta, novelista y ensayista cuyo título más reciente es 'En la ciudad sumergida') que Connolly metía a La Rosa en el bolsillo de su abrigo y allá que se iban a ver iglesias y palacios y a comer; el bicho, al parecer, tenía buen talante y era conocido y aceptado en muchos restaurantes. Ya sabían que su plato favorito eran los huevos crudos.

El hurón no fue el único animal digamos exótico que Connolly convirtió en mascota. Tiempo después de que fuera 'asesinado' por unas vecinas ignorantes de que aquello era un animal de compañía, el escritor se hizo con dos lémures. Whoopee y Polyp. O sea, algo así como Yuu-juu y Pólipo; al primero le gustaba subirse a los muebles y lanzarse al vacío y el nombre del segundo, bueno, le viene simplemente del gusto de su amo. Ambos adoraban subirse por las cortinas, meter el dedo en el plato de los invitados y, a veces, morder los de éstos.

Whoopee moriría envenenado y Polyp, pobre, de pulmonía.

De titis fueron los Bowles y los Wolf. Aunque hay que decir que más los Bowles, que aparte de perros, gatos y loros, que pueden considerarse animales normales de compañía, lo intentaron también con un ocelote y hasta una serpiente de lo más venenosos. Debía de responder a su afición a las cosas exóticas, concretada en la vida en México y en Tánger de la pareja de neoyorquinos, así como en su gusto por los amantes. En su casa de Acapulco el matrimonio vivió con un loro, un gato, un perro, un pato, un armadillo y dos coaties. Un zoo, nos explica Félix Romeo, que de paso cuenta que Burroughs tuvo de niño un sapo como mascota. También Lord Byron tuvo todo tipo de animalillos en su sótano.

Virginia Wolf era amiga de los perros, y se basó en su experiencia personal para describir a la poeta Elizabeth Barrett, que tuvo a su lado en su enfermedad al cocker spaniel Flush. Virginia tuvo a Grizzle y a Pinka, canes. Pero también a Mitz, un titi al que adoptó Leonard cuando el bicho estaba enfermo. Después, el monito iba siempre en su hombro y era la atracción del Grupo de Bloomsbury. En el viaje que el matrimonio hizo por la Europa que ya se preparaba para la guerra y el Holocausto, Mitz distrajo a los policías alemanes lo suficiente para que no dieran problemas a Leonard, un hombre judío, explica Pilar Adón.

Las mascotas de los escritores han actuado, y actúan, como las de los demás: son guardianes, payasos, oyentes, guías, inspiradores... Claro que con los artistas pueden convertirse también en protagonistas de obras de arte, como demuestra 'Perros, gatos y lémures'. Para algunos, además, son el eje sobre el que gira todo su mundo afectivo, como fue el caso de J.R. Ackerley; su perra Tulip fue el centro de su vida. Y dicen que a Lord Byron le pasó algo parecido con Boatswain, su terranova. De ahí que haya llegado hasta nosotros esta frase que supuestamente dijo: «Cuanto más conozco a los hombres, más quiero a mi perro».

